

ALBA RAMÍREZ GUIJARRO, *Secuestrados*, Ápeiron Ediciones, Madrid, 2016, 104 pp. ISBN 978-84-945462-4-2.

Secuestrados se presenta en un solo acto, o apenas eso, pues no hay distinción entre actos o escenas. Es más bien un movimiento continuo, una sola circunstancia. Ese acto o escena empieza con los personajes Matías y Andrés sumidos en una discusión. El primero irrumpe en la soledad del segundo, que bebe vino y se esconde en la bodega de un crucero, que será el escenario fijo de toda la discusión. El conflicto nos recibe en la obra y sigue siendo el factor predominante hasta el final, que llega con crudeza, aspereza y una sensación de desorientación: ¿cómo hemos llegado hasta aquí? Matías y Andrés discuten sobre asuntos turbios, mencionan el dinero, mencionan un secuestro, quién controla la situación, quién no la controla... Pero su discusión carece de importancia, pues en *Secuestrados* la comunidad es el gran secuestrador. Tal vez solo los personajes identificados tomen parte en la acción y aún así nadie abandona la comunidad, el organismo, la obra. A esa intrusión en la soledad de Andrés se añaden otras, de otros personajes, que ya no están identificados por su nombre, sino por su función: el encargado, la hija, la madre, el cura, etc. “Es un secuestro, no podemos involucrar a más gente”, dice en algún momento Matías, quien hacia la mitad de la obra queda reducido a un *slapstick* desagradable, se vuelve ineficiente y entonces aparece Ernesto, el camarero, para cubrir su lugar. A partir de la aparición de Ernesto los diálogos, muy del estilo de Estragón y Vladimir, se vuelven oscuros, como lo hacen los mismos secuestrados. Los vivos, los secuestrados, son en realidad supervivientes. Los diálogos necesitan el conflicto de los interlocutores, entre la realidad y la fantasía y en el lenguaje. Matías parece estar buscando una clave; hay más de una, le dicen, pero quiere la única clave, la apertura. “Lo quisimos hacer así, queríamos estar fuera del mundo, ¡y el puto mundo se ha colado!”, le dice Matías a Andrés en una ocasión. ¿No hablan de un mundo en una botella sellada? Nos da la impresión de que Andrés se ha dado cuenta de algo que Matías todavía no parece haber comprendido. Pero, poco a poco, todos los personajes parecen darse cuenta de lo que de verdad los ha reunido en ese lugar: todos afirman estar secuestrados. La aparición de la china (que dice ser, en realidad, filipina) es decisiva para el desarrollo de la comunidad, pues la ignoran casi hasta el final de la obra. Es la extranjera en una comunidad de secuestrados. Cuando el cura brota —asciende— en la escena se nos muestra la llegada de la fe a una comunidad. ¿Hasta dónde podemos llegar sin escrúpulos? También a él lo ignoran. Dicen ser ateos. Nadie puede salir de la bodega, pero a los personajes no se les dificulta la entrada.

ANDRÉS.— [...] ¿Qué pasaría si el mundo no fuese más que un solipsismo?

MADRE.— [...] Me parece fatal que no avisen de que la actuación no es apta para menores.

¿Qué ocurre cuando la propia ficción se transforma en ficción? ¿O es que de verdad no ocurre nada? ¿Quién es el creador de la verdadera ficción? Si de verdad necesitamos ficción en una comunidad es otro factor a considerar. Siempre existe un efecto peyorativo en la ficción, y es la distracción. Qué distingue a una ficción de otra y qué la convierte en *worthwhile*. No obstante, la ficción también tiene un efecto tranquilizador en la vida humana. Al fin y al cabo, poder hablar de ficción es un eslabón más en una sociedad de interpretaciones, aunque no se trate, de hecho, de una interpretación de la propia sociedad, y así, se vuelva infalible.

María Golfe